

Carne de dios

Por Jaime GARCÍA TERRÉS



Los efectos de los llamados hongos alucinógenos (*Psilocybes*) sobrepasan con mucho la mera alucinación. Quizá con mayor propiedad suele clasificárseles como “místico-miméticos”, pues que la experiencia que ellos posibilitan se acerca no poco a ciertos tipos de visión o iluminación mística descritos en algunos textos del budismo (especialmente los que provienen del budismo Mahayana y del Ch’an), e incluso, de modo más bien implícito, en las cosmogonías prehispanicas.

A este último respecto conviene recordar que los *Psilocybes*, o para usar el nombre náhuatl, los *Teonanácatl* (carne de Dios) tenían en nuestras antiguas civilizaciones

un carácter sagrado, y que aún hoy constituyen entre los mazatecos materia de rituales famosos. Quien desee profundizar en el tema deberá consultar *Les champignons hallucinogenes du Mexique*, de Roger Heim y R. Gordon Wasson, edición insuperada del Museo Nacional de Historia Natural, París, 1958.

En los siguientes renglones, más o menos poematizados, intento la transcripción de mis propias experiencias. No es, de seguro, un trabajo científico. Pero ya Niels Bohr sabía hasta qué punto la poesía, con sus yuxtaposiciones verbales y emotivas “que evocan la totalidad de nuestra situación”, puede complementar los esfuerzos sistemáticos de la ciencia.

Teonanácatl

El cuarto en donde estoy es una gruta.

Soy yo mismo.

Fulguran los tejidos, la plural arquitectura de las células. La energía colorida de la materia orgánica chisporrotea sin cesar.

Todos los elementos se manifiestan de golpe: los distintos niveles, las curvas que avanzan o se retraen.

Percibo con lucidez monstruosa la diversidad efímera y la subyacente unidad del cosmos.

Nada es aquí fortuito. El accidente se enlaza de inmediato al contexto sustancial, necesario, dentro de un mismo vértigo totalizador.

Mi mente lucha contra las fronteras que la limitan. ¡Oh, hacerlas desaparecer y fundirse en el todo! Que los linderos acaben.

Quiébrese la individualidad. Romper la prisión. Asesinar el sólido fantasma habitual.

Fantasma, sí, o sólo una faceta de la realidad absoluta.

Me disuelvo en la comunicación con los demás. Presentes y ausentes. Lo vivo y lo muerto-vivo.

Muerte y vida se reconcilian. Lo inerte se anima. Las contradicciones se superan en un discernible enriquecimiento irrefrenablemente acelerado.

El tiempo no es sucesivo. Los instantes coexisten y forman una masa solidaria, unificándose más y más a medida que se aproximan al fondo.

El Fondo: la exaltación absoluta. La unidad en sí, como tal. Luz en acto puro. Siento que allí está; no me adentro en ella.

Todo permanece y todo se muda, negándose a sí mismo, desplegando vivas esencias que se involucran recíprocamente en un estallido sin principio ni fin.

La realidad manifiesta su inagotable tesoro. Quiero expresarla. Reinventar el lenguaje. Incendiar las sílabas.

Vislumbro los conjuros que abren las puertas de la verdad; cielo platónico, paraíso hegeliano, flagrante erupción de lo que existe.

Soy una parte del todo. Pero sigo siendo yo. Para llegar al fondo es preciso quemar las naves.

Dentro de la conjunción absoluta no hay objeto ni conducta que no adquiera un sentido integral. Uno con lo Uno.

La carne se diviniza. Divinízase el Eros. Y también la procacidad conduce al Absoluto.

Un coito, la invocación de los muertos, un crimen, una meditación, un flato, vuélvense místicas vías a la identificación con el todo.

Éste es el Camino. Allá afuera lo comprenden así los iniciados. Nosotros lo sospechamos en algún momento, de algún modo, sin entenderlo.

¡Oh Brahma! Cursemos los atajos a su seno.

¿Cómo encontrar a los iniciados? Los que poseen el secreto de las orgías purificadoras y de la contemplación final. Los que descifran los meandros y surcan la marejada. Los que han descubierto la brújula esotérica. Los que forjan la llave del infinito.

¿Cómo conocerlos? ¿Cómo saber quiénes son? ¿Hay medios de comunicación con ellos?

Busquemos los ritos. Busquemos cómplices.

La realidad, sueño vivo y concreto.

El tiempo vuelca un brillo rotundo, y se fusiona con el espacio. Los minutos ostentan su corazón eterno.

No hay cosas ni hechos que valgan más que otros. Todo es necesario. Cuanto es debe ser. Sólo hay etapas en el Camino. Estadios en la continua trayectoria.

Conocerlos. Saber. Aproximarse al FONDO.

Mañana, cuando despierte, continuaré escribiendo mi libro. Proseguiré mis faenas particulares.

En definitiva, nada de eso importa. El único esfuerzo digno es el que nos mantiene en el Camino: la jornada en espiral que nos lleva hasta el fondo.

Importa el infinito real. Compartirlo viviendo la inmediata evidencia de su profundidad sinuosa y múltiple.

Advertir con categórica nitidez la identidad entre materia y energía, entre la superficie y el meollo.

El todo es un movimiento unitario. El todo ilumina las partes. El centro incluye la periferia.

Confluyen aquí la poesía, la ciencia y la vida. Se desvanecen sus distinciones específicas, inconcebibles dentro de la totalidad.

Ensanchar la conciencia. No fijarla en un segmento. Dejar que tome su sitio en el torbellino de vasos comunicantes e intercambiables.

Lo abstracto se concreta. El mal filtra el bien. Las piedras son luz y la luz encarna en cuerpos que son ramas del mismo árbol de fuego.

El sueño ES la vida.

Dinámica serenidad. Rompimiento.

En este universo subterráneo, de raíces, de centelleante comunión, el alba inicia la noche y la noche alberga millares de soles.

El FONDO, cifra básica del cosmos.

Mañana cuando despierte, miraré y analizaré fríamente el delirio. La locura. He aquí, sin embargo, la verdad. Estoy viviéndola. Me rehúso a perderla. No quiero que la lucidez se desvanezca.

Que subsista al menos la mágica y favorecedora complicidad de los iniciados. ¿Quién es quién?

La sociedad determina el tótem y el tabú. Pero también el mundo normal, el mundo de afuera, en el que la ley social predomina, viene a ser fatalmente una parte del todo. Una parte que ignora su carácter fragmentario.

No será tan temible el despertar si conservo la sabiduría vivida, si en mí se mantiene la opulenta certeza de lo real.

La genuina sabiduría se vive fuera de los conceptos; con los sentidos inflamados. Con el armónico reventar del intelecto y de la carne. Es la violenta voz aunada de los ojos, la inteligencia, el sexo y la naturaleza entera. El vértigo radiante de la verdad.

Ensanchar la conciencia. Dividir entre cero los destellos del prisma sensual.

Consideremos, devotos, los mínimos procesos fisiológicos.

Bebamos una y otra vez del arriesgado manantial de la risa.

Ansío perforar la coraza neutra bajo la cual palpitan las raíces del día. Restaurar la comunicación entre lo contingente y lo necesario, que se halla interrumpida por el suelo macizo de las convenciones fosilizadas. La disolvencia heroica y concreta.

Promuevo la palidez de las cosas para que no estorben el acceso al ser total ni abroguen la experiencia profunda. Apetezco el ácido minucioso que corroe las cadenas y ocasiona el escándalo de la burocracia decente.

¡Oh, gran carcajada universal! ¡Oh, pasadizos infernales de pronto santificados!

Sublimes son las ganas de comer y la urgencia de orinar. Y la unión carnal que se consagra en el éxtasis y pone en marcha el motor de la vida.

Sublime es contemplar el mundo con los ojos de las entrañas.

Soy una gota de lava en las vísceras del universo. Desciendo por laberintos subvertidos hasta el círculo de los más sabios, cuyo arrobamiento se propaga por el claro silencio de la sima. En un punto abismal arde imperturbable el origen.

Indiferente por igual a mi resistencia y a mi docilidad, el fuego me doblega, me atrae, me contagia su poderío. ¿A qué descifrar los misterios del fuego? Los respiro. Constituyen mi esencia vital. Soy por ellos. Soy el fuego. Mis llamas flamean su propia explicación, su propia razón de ser. Lo demás son meras palabras, lastre que no tardo en sacudirme.

Recorro en un instante las diversas etapas en la evolución de la materia viva; desde el primer virus al último homo sapiens.

Experimento lo que ha sido y lo que será; pasado y porvenir se hermanan frente a mis ojos y en el interior de mi cuerpo.

Atisbo la grandeza —o la justificación— de una lombriz. No cabe el desprecio. No cabe el rencor.

La tontería de Pedro, las ofensas de T. H., obedecen al ritmo del equilibrio universal. A la propia ley del universo, necesaria por única y por una; necesaria porque ES.

Entretanto, se ha desprendido de mí el otro yo, el Jaime cotidiano. En el mundo de todos los días, regido por la ciega normalidad, me fatigo, me quejo de

mi estómago, leo a Freud, me pongo una corbata, doy brillo a mis zapatos, menosprecio al obstinado y al romo. Aquí, ahora, prevalece la luz. No busco; encuentro. Cada gesto revela su virtud fundamental. Conozco, sin intermediario, las ideas que fluyen por los ríos cerebrales que me circundan. La divinidad que comparto me limpia de cualquier neblina vanidosa.

Aquí soy. Aquí vivo.

Quiero romper los estáticos anuncios del mundo de afuera. ¡Romperlos con voluptuosidad precisa! Hallo un periódico viejo. Lo hago pedazos. Llevo a mi boca el papel; lo mastico, y acabo por tragármelo sin esfuerzo. He triunfado.

De pronto, me doy cuenta de que existo en varios planos a la vez.

El yo iluminado reconoce al yo incoloro y cotidiano.

Pero Jaime-de-todos-los-días me reproduce como la llana imagen cautiva en un espejo. Cuando yo levanto el brazo derecho el otro yo levanta el brazo izquierdo. Cuando aquí voy allá vengo. Son movimientos correlativos, sincrónicos, que ocurren en ámbitos y circunstancias radicalmente diversos.

Estos planos se multiplican cual reflejos de reflejos. Innúmera proyección en un enjambre de cubos y esferas. El ego a la n potencia. Incontables personificaciones y un solo yo verdadero: Yo.

Cada imagen cobra cierto grado de autonomía, sin perder su relación con las demás. Mi conciencia —mi yo más intenso— va saltando de una a otra, trasladándose de un plano al otro. Tan pronto me encuentro arriba como abajo, en la tierra, en un planeta ignorado. Mi conciencia opera alternativamente más acá o más allá del invisible espejo. Miro ya el anverso, ya el reverso de los objetos. Aparezco y desaparezco. En un momento dado pregunto: ¿en cuál plano estoy? ¿Dónde es “aquí”?

Sé que existo a la vez en todas las dimensiones posibles. Pero en mi-Yo-más-intenso decrece la aptitud para asumir con lucidez todas las caras del superpoliedro, de modo simultáneo. Por eso mis distintas existencias transcurren en mutuo desconocimiento. Sólo por un breve instante ha logrado establecerse un chispazo de comunicación entre ellas, la conciencia infinita de una cantidad infinita de vidas. La chispa, sin embargo, ha sido suficiente. La señal requema, fertilizando mis sensaciones. Adentro de un Yo de nuevo compacto, que parece haber clausurado aquella milagrosa ubicuidad, que ha cesado de percibir aquella progresión inexhausta del vivir, queda una estela perdurable, la ígnea certidumbre de ser uno con el Ser, uno con el Todo.

Allá en las honduras, fuera de la estrechez temporal y conceptual, trascendidos los teoremas y los relojes, corroídas las supersticiones de la sedicente vigilia, se me impuso el prodigio de una realidad jamás prevista, que las brumas habituales encubren y condenan.

Bajé por la escalera de caracol de mi propio volumen hasta llegar al punto en que convergen los cauces del movimiento universal. Me ayunté con lujuriosas hembras, cuyos ojos entornados despedían eléctricos aluviones. La embriaguez de los sentidos me arrastró a los umbrales del Origen. Experimenté la realidad con la plenitud de un orgasmo que en sí y para sí se justifica y hace superflua cualquier tentativa de verificación. La Vida ES.

Abre, me digo, las ventanas.

Tocempopolihuiyan

Hemos llegado a nuestro sitio común de perdernos, bajo la piel de las estrellas. Al pórtico de la perpetua novedad, que a sí mismo se penetra. Tempestad enjoyada con la serena levadura de los siglos. Imán de las distancias abolidas y los desgarramientos bienaventurados.

La ráfaga que me envuelve cobra la forma de una torre metálica que se eleva y descende. En su base me aguardan las alturas; brotan de su cúspide abismos insondables.

Luego, el vértigo. De nuevo y siempre, el vértigo. Gusaniños ígneos que avanzan sin cesar, desde su perenne surtidor hasta la meta ya lograda.

Vivo la identidad del movimiento y la quietud. El abandono. Respiro la energía disolvente. Vuelo con la luz que mana de la Luz y en Ella se apacigua. Vuelo en alas de la nebulosa elemental, idéntica a su propia trayectoria.

Una dinámica placidez llena de rumores ondulantes el interior de mi cuerpo.

Aceptar, aceptar, aceptar. Perderse, para encontrarse.

Aceptar el vértigo. La orgía, hasta la saciedad de los sentidos. El sideral festín. La gigantesca bacanal de fuego, mágica vigilia en la que todos marchamos tomados de las manos.

En el vértigo me acompañan viejos conocidos, duendes, emisarios, patriarcas. Maestros y aprendices.

En el cuarto, y en otra parte, oficiamos el ritual de la eternidad. La meditación unánime.

¿Cómo purificarse? ¿Cómo proseguir? ¿Cómo ingresar a las filas de los privilegiados, cuya existencia se cumple en la posesión inmarcesible de la unidad?

Perderse. Perderse humildemente. Diluir las fuerzas en la Fuerza.

Débiles, tenemos miedo de la entrega. ¡Dadme vigor para entregarme! ¡Desvelad los conjuros!

Me afano en transformar la materia en libre cabal energía. Lucho contra la inercia de mis ataduras, por entrar, del todo, Allí, disfrute perfecto, contemplación pura, combustión de los milenios.

Pasar al otro. Ser el otro. Ser.

La otredad nos redime. La renuncia a los límites exiguos del Yo. La fornicación sacra. El destrozo, en nosotros mismos, de las concéntricas murallas que forja la individualidad sobrepuesta.

Nos aprisionan cadenas que no son, en el fondo, nada. Nos agobia el peso imaginario del no ser.

Requerimos la liturgia de la sangre y el escándalo crepitante.

Admitir y asimilar el latido redentor, zambullirnos en el corazón del universo.

La sangre se agolpa en mi cabeza y me impide ver más allá. La gravidez recurrente cercena las audacias.

Ansío el retorno al vértigo. ¿Cómo? No lo sé. No lo sé.

Entonces, recuerdo: la salvación radica en la luz. Una ola de cristal me devuelve, por un decisivo instante, al origen.

Abre sus puertas el primer día de la creación. Que no ha terminado ni terminará nunca. Que inunda este mismo cuarto, iluminado por los focos de costumbre.

El infinito me puebla, manifestándose a mi fragilidad, fortificándola, y yo le cedo en reciprocidad mi propio grano de luz y sombra.

Devano el misterio de la mujer. El significado profundo de lo femenino.

Cohabitar es apropiarse el ser femenino. Conozco a la mujer, y la mujer me reconoce.

Oh, voluptuosidad litúrgica.

Oh, misterio para el cual no hay conceptos expresivos ni traducción posible al lenguaje habitual.

Oh, feminidad omnipresente de la creación.

Esplendorosa orgía purificadora.

Lúcido conocimiento de lo desconocido, integración al vuelo cósmico sin fronteras.

Ir más allá. Dispersarse. Hay que perderse para reencontrarse.

El fuego. La malicia del fuego. La procacidad instrumental del fuego.

Quien tiene miedo se quemará.

Quien acepta consumirse anticipa la vida conjunta, el momento sin orillas ni desgaste. La hoguera que aniquila el tiempo.

Nada en el fondo se consume, si aceptamos y compartimos la violencia del fuego.

Arrebatados por el fuego llegamos a la contemplación del ser desde dentro.

El miedo, en cambio, nos precipita en el artificio. Detiene la reconciliación definitiva y total.

El miedo ocluye la vida. Engendra el tiempo y el olvido. Consolida las diferencias y el alejamiento. Finge islas protectoras que nos vedan fundirnos con el océano entero.

Soy el incontenible tumulto del mar, la caída y el ascenso de la espuma, encaje poderoso que atesora la revelación de una arquitectura básica y universal.

Soy los ojos que miran en cada molécula de la sustancia elemental.

Soy el verde color de la vida.

Mi cuerpo es un tallo que brota de una raíz común a los demás tallos que son los otros cuerpos.

No importa quién habla. No importa quién responde. Siempre es la misma voz, la misma respuesta. Nuestro ser común conoce todas las lenguas y todos los acentos.

Nuestro lenguaje no se angosta en sílabas ni en palabras. Es la comunicación pura e inmediata de los iniciados.

Palpita el alma única y plural. La esencia viva y categórica recobra y digiere mi tacto, mi vista, mi olfato, mi oído y mi gusto.

Cualquier objeto puede convertirse en un trampolín que nos impulsa al vientre ubicuo de la galaxia.

Cualquier objeto extiende inmediatas ramificaciones hacia espacios insólitos, sobrepasando nuestro ficticio mundo tridimensional.

Este cenicero lleno de cenizas me confía su proyección en ámbitos homeomorfos que permanecen cerrados a la prudencia cotidiana. Su trivialidad se incrusta en la red arterial que sostiene al Cosmos.

Sin motivo explicable, sobreviene un paréntesis de melancolía.

Miro dentro de mí derrumbes terrenales. Un río íntimo de grumos cafés que cierran el paso a la luz.

¿Dónde están los senderos? Sólo hay tierra, informe, neutra, infecunda, pesadamente torrencial.

El coro de los iniciados languidece. Joyce pregunta cosas que me parecen llanas.

Masco un pedazo de papel. Busco el renovado contacto con la materia. Quiero nutrir los órganos de mis sentidos. Bebo un poco de agua.

Camino, en fin, unos pasos, para tenderme a descansar junto a Celia, en cuyas palabras adivino claves y mensajes.

La angustia es olvido, y el olvido es tiempo. Quisiera romper el inexpugnable círculo.

Fijo las pupilas en un trozo de alambre. Éste empieza a ponerse al rojo vivo. La insospechada ecuación Alambre-Color Rojo me reintroduce al seno de la experiencia, taller de las constelaciones.

Trato de recordar invocaciones en náhuatl. Rituales que jamás he aprendido. Acercarme al espíritu primitivo, lejos de la civilización castradora. Los brujos de Anáhuac poseían secretas llaves.

Y al testimonio de los sacerdotes nahuas se asocian, en mi ensueño, el tam tam de los hechiceros africanos, los contemporáneos tomadores de hongos, y nuestra misma presencia en este recinto. Renace el ayer en el hoy. Aflora la conciencia de la totalidad.

Alguien hace escuchar la cinta magnética que ha registrado nuestras voces. Oigo mi propia carcajada. Casi como un aullido, o un lamento. Son los antiguos brujos aztecas que imploran conmigo. Es el sonido de un remoto instrumento musical; notas arborescentes, trágicas y un poco obscenas.

Son los sabios, antorchas que no ahúman. *Tlamatinime*.

Veo cabezas ornadas de grandes plumas que serpentean con el viento. Los magos se agrupan; dirigen brazos y ojos hacia el suelo, en esotérico viaje al lugar del saber, ombligo de la tierra.

Flores eléctricas. Flores de Flores de fuego. Cósmica inflorescencia de fuerzas medulares.

Flores y cantos. Ofrendas a la divinidad que aúna lo masculino y lo femenino, la mente y la naturaleza, el individuo y la multitud, el intelecto y las pasiones.

Aromas de copal. Sudor de la carne renacida en lluvia de pétalos y música. Única vibración devoradora.

Vayamos más allá. Más cerca del soberano principio vivificante.

Lugar del saber. Lugar del silencio.

Pero es demasiado tarde. Vuelvo en mí. Es demasiado tarde. Aquí...

Aquí...